

Poesía Religiosa Al por Mayor

ANTOLOGÍA DE LA POESÍA RELIGIOSA
CHILENA

Miguel Arteche y Rodrigo Cánovas. Ediciones
Universidad Católica de Chile, Santiago, 1989,
596 páginas.

por Ignacio Valente

ESTA antología era tan indispensable, que clamaba por ser hecha, aunque no sé si en forma tan voluminosa. En todo caso, y con todo su volumen, ella nos transmite en conjunto una primera sensación abrumadora: la de un país de poetas —el nuestro— dedicado a producir poesía religiosa al por mayor. Cualesquiera que sean los reparos alzados ante esta difícil tarea, subsiste el hecho macizo que he mencionado, y con él su mérito correspondiente: asombra la abundancia de poesía que, según variadas maneras, puede llamarse "religiosa", dentro de nuestra casi salvaje selva lírica.

No se trata, por cierto, de poesía "piadosa". Y ni siquiera de poesía cristiana o católica. También es poesía religiosa la blasfema, o la que rechaza airadamente a Dios. Y es a causa de este carácter aconfesional de la denominación que el primer gran capítulo de la antología se dedica a la poesía indígena: de onas, alacalufes, aimarás, cunzas, quechuas, pascuenses... Se trata de mitos cosmogónicos y leyendas arcaicas de estos pueblos. Pero, a pesar de las disquisiciones iniciales de los autores sobre la poesía en prosa, me parece que estos textos no deben ser contabilizados como poesía. Sólo en el caso de la literatura mapuche hay auténticos y reconocibles poemas. En todo caso, y habiendo en este capítulo muchos destellos interesantes, es tal su heterogeneidad con respecto a la poesía castellana de Chile, que la poesía autóctona podía haber sido puesta en volumen aparte: no hace unidad con el resto.

El segundo capítulo corresponde a la voz tradicional, y allega romances, villancicos, rondas, décimas, desde la Colonia hasta nuestros días: mester de juglaría de los siglos XVI a XVIII, y la lira popular de los siglos XIX y XX. En el primer caso una piedad ingenua cristaliza en versos que no siempre son naïves: a veces son simplemente elementales: "Señora doña María, / yo vengo de allá muy lejos / y a su niño le traigo / un parcito de conejos". Otras veces la letra es menos convencional y más expresiva: "La Virgen se fue a lavar / sus manos blancas al río, / el sol se quedó parado / y la mar perdió su ruido (...). La Virgen tiene la cara / brillante como una estrella / porque es espejo del Niño / que se está mirando en ella". Es curioso el género de las adivinanzas; así ésta, bien, teológica: "Seis letras tiene mi nombre / y mi apellido también, / hago temblar al papa / y arrodillarse al rey". ¿...? El pecado mortal.

Las décimas de la lira popular abor-

(Continúa en la pág. 2)

Poesía... (Viene de la pág. 1)

dan todos los misterios de la fe con su aire campestre y simple: la creación del mundo, Adán y Eva, el diluvio universal, la redención, la Última Cena, la Pasión del Señor, el Juicio Final...: en fin, un auténtico catecismo criollo, no siempre con mucha calidad poética, aunque no falten los hallazgos de la imaginación: "Blanca, la Virgen María,/ blanco, el Señor San José,/ blanca, la divina fe,/ blanca, la suma alegría./ Blanca es la luz del día,/ blancos son los serafines,/ blancos son los querubines,/ blanco es el Papa de Roma,/ blanca el alba cuando asoma,/ blanca, la Virgen divina".

La voz personal emerge del anonimato de la tradición con el acento singular del hablante lírico. El primer apartado, **Le tras coloniales**, contiene fragmentos de poemas épicos y pasajes de crónicas y relaciones del Reino de Chile. Un obvio hilo religioso enlaza **La Araucana**, **Purén indómito** y **Arauco domado**. Extraigo, del pesado aire de la época de sus textos, éste de Pedro de Oña, notable por sus aliteraciones: "O mar de amor, María, con tu arena,/ y con la espuma sola, que nos tiras,/ ardemos a la eterna luz hermosa:/ no hay más amor, ni mar, ni mariposa". A continuación, y por muy flexibles que se estimen los límites entre poesía y prosa, me parece que están aquí fuera de lugar las relaciones históricas del Reino de Chile de Alonso de Ovalle y Diego de Rosales, así como la obra del padre Lacunza sobre el milenio.

Entrando la voz personal en el siglo XIX, con sus embriagueces románticas y patrióticas —unas y otras bajo excesiva influencia francesa—, me pregunto qué se puede salvar de este caos pedagógico, retórico, satélite. Quizás apenas los versos afrancesados de Andrés Bello: "Ve a rezar, hija mía. Es la hora/ de la conciencia i del pensar profundo:/ cesó el trabajo afanador, i al mundo/ la sombra va a colgar su pabellón".

Con la llegada del siglo XX esperamos adentrarnos en textos de mayor calidad poética. Por supuesto, este apartado mayor —casi la mitad del libro— es un auténtico cajón de sastre: posee todas las formas y todos los contenidos imaginables de relación con lo divino. Diré algunas de mis impresiones mayores: la certera intuición de Pedro Prado ("Yo vislumbro, Señor, que en mi deseo/ a Ti te busco en todo cuento veo"); el acento ronco y doloroso de Gabriela Mistral de cara al cielo ("¡Padre nuestro, que estás en los cielos,/ por qué te has olvidado de mí!"); la rara sencillez —sólo levemente creacionista— de ese gran poema de Huidobro que es **Pasión pasión y muerte** (habría que citarlo entero).

Muchos poemas de esta antología, al margen de su calidad poética, son muy débilmente religiosos: lo son por alguna mención anecdótica de nombres sagrados más que por su substancia lírica. Es el caso de Juvencio Valle, del propio Pablo Neruda, de Díaz Casanueva en cierta medida, de Rosamel del Valle, de Alfonso Alcalde, de Enrique Lihn, de Jorge Teillier. Raúl Zurita es caso aparte, porque aunque lo religioso no es temático en su poesía, ésta posee una verdadera substancia numinosa y trabaja con lo sagrado. A la inversa, si se ha reconocido que hasta la blasfemia puede ser la materia de una poesía profundamente religiosa, ¿por qué tan poco de Nicanor Parra? ¿Por qué no su indispensable poema **La cruz**?

Diré mi impresión personal sobre esta antología cuyo indudable mérito soy el primero en reconocer: contiene poca poesía de calidad, de primera fila, dentro de su follaje excesivo. Tiene mucho relleno. ¿Cuáles con sus puntos fuertes en nuestro siglo? Eduardo Anguita, sobre todo en su extraordinario poema de la Pasión, pero también en muchos otros; Miguel Arteche, por el tono ya clásico con que hibrida la eternidad de la fe con nuestro presente histórico ("Cristo, cerviz de noche, tu cabeza/ al viernes otra vez, de nuevo al muerto/ que volverás a ser, cordero abierto,/ donde la eternidad del clavo empieza."); Rosa Cruchaga, con su aire entre misterioso y naïf, muy femenino y muy rotundamente humano ("Por encima de la aurora,/ Dios dormido es de un negro inmanejable;/ con su otro infinito iluminado/ un poco me amanezco."); Armando Uribe, con sus imprecaciones casi ciegas de fe y amor; Fidel Sepúlveda, con su encanto directo y popular ("Déjenme pasar que voy/ voy a ver si puedo ver/ a este arcángel San Javier/ quiero ver para creer/ la maravilla a granel/ de este arcángel San Javier.")...

El predominio de la cantidad sobre la calidad es tal vez un reflejo fiel del material a disposición, que los antologistas no pueden modificar, pero que no desmiente un hecho palmario: la poesía religiosa chilena es de una gran vastedad y variedad, y esta antología, una obra indispensable. ■